

estupor lo aplasta. Comprende el sentido del epígrafe inicial:

Este libro no pretende ser ni una acusación ni una confesión: sólo intenta informar sobre una generación destruida por la guerra. Totalmente destruida, aunque se salvara de las granadas.

No importa la victoria, no importa la derrota; se ha perdido, de todas maneras, el alma; la civilización se ha roto como un resorte, se ha desgarrado como un vestidura suntuosa arrastrada por el fango. El hombre de pensamiento ha tenido que matar y defenderse como las bestias. La única nobleza posible que le resta consiste en morir, en desaparecer pronto. Un cansancio, un asco infinito suceden a los estremecimientos demasiado repetidos del horror. El corazón dice:— ¡Basta!—Y casise experimenta un alivio al leer, finalmente:

Murió en Octubre de 1918, un día tan tranquilo y apacible, que el comunicado oficial del Cuartel General del Oeste se limitó a esta sola frase: «Sin novedad en el frente.»

Las visiones del Dante, las pesadillas de Poe, las torturas refinadas de los más sutiles maestros en el dolor humano quedan lejos de esta sensación de muerte que da Erich María Remarque con su relato naturalista, a lo Maupassant, claro y seco, vitalmente cierto.—*Alone*.

LUNA DE COPAS, por Antonio Espina.

El autor de este libro (1) representa en la nueva literatura española una actitud de espíritu ante las cosas literarias parecida a la que, en anteriores estadios, fuera la característica de un Miguel de Unamuno y un Ramón Pérez de Ayala. Porque este nuevo escritor, que prohija ya una obra numerosa y llena de cualidades sobresalientes, ha cultivado y cultiva, como los maestros citados, el ensayo, la poesía y la novela.

Su novela actual ha merecido en España el saludo de un entusiasta homenaje de la juventud literaria al que ha adherido el primero Azorín, que siente en su fructuosa hora crepuscular la alegría creadora de su mocedad combativa e insurgente.

En verdad, si no una rectificación del género, como ha llegado a insinuarse por apologistas más entusiastas que firmes en achaques de técnica literaria, la novela de Antonio Espina es un libro curioso, fino, irónico, con agridulce sabor de fruta primaveral y provocativa.

Este es, en realidad, un innovador que convence. Porque, poco seguro de sentar en el campo estético verdades absolutas inauditas que vengan a reemplazar a las viejas verdades que han perdido vigencia, viene con un gesto humilde a revolver alegremente los tradicionales conceptos derramando sobre todas las cosas una alegría juvenil que no excluye una marcada y saludable auto-ironía.

«Obra maestra», «novela pura».

---

(1) *Luna de Copas*. Revista de Occidente, Madrid, 1929.

«primera novela española moderna». Perdón, un momento. No desmesuremos, señores críticos, haciendo concebir en una obra estimable y bella, como esta *Luna de copas*, esperanzas locas y desatentadas. Acaso en una época de guerrillas literarias llena de manifiestos incendiarios y de chalecos rojos, fuera preciso exaltar en forma tan congestionada una obra para hacer patentes sus méritos ante negadores implacables.

Pero no puede hablarse con seriedad de una rectificación al género ni de la primera novela moderna en una literatura que cuenta con libros como *Nicbla* de Unamuno, *Tigre Juan* de Pérez de Ayala y *Félix Vargas* de Azorín. Porque no basta la juventud de la carne y de los huesos para proclamarse enfáticamente joven como ocurre por desgracia en estridentes sectores literarios de Hispano-América. Joven es quien aspira siempre a una mayor perfección; quien vive en una continua insatisfacción de sí mismo; quien, por rectificaciones sucesivas, que son heroicas superaciones, pretende descubrir una nueva verdad o crear una nueva belleza.

Unamuno en *Nicbla*, llamada por un crítico «la obra de los brotes geniales», hace polemizar al protagonista con el autor y lleva su audacia hasta confiar el prólogo, que es una presentación del autor, a uno de los personajes de la obra. Con anterioridad, en *Amor y pedagogía*, el personaje había conversado con su autor. Mucho antes que Pirandello, don Miguel era pirandelliano. Pérez de Ayala en *Tigre Juan* llega a la máxima culminación del estilo literario: estilo de escritor académico, culto, ponderado. Azorín

en *Félix Vargas* hace un paseo triunfal por las nuevas técnicas e inaugura una etapa inesperada en su obra que, consagrada por las academias, cuenta siempre con el sufragio de las juventudes literarias.

¿Cuál es entonces el nuevo hallazgo de Antonio Espina en su *Luna de copas*? El único que en justicia, puede pedirse a un escritor: el de su estilo.

He aquí cómo Antonio Espina, irónico siempre, se burla donosamente de los doctores en técnica literaria, amigos de clasificaciones y divisiones dogmáticas. No poco de esta alegre y disparatada pirotecnia habrá de caer como un rocío sarcástico y amable—disparatemos, también, en la adjetivación—sobre sus desmensurados apologistas:

La novela, para el novelista, debe extraerse de una serie de compartimentos estancos, en los que se ponen con antelación los ingredientes de aquella.

En un compartimento se pone lo descriptivo; en otro, lo dialogal; en otro los personajes, etc., etc.

Una vez hecho esto, el novelista debe cerrar los ojos y coger al azar, revolviéndolos, ingredientes de todos los compartimentos, arrojándolos a puñados sobre los capítulos.

La novela así resultará desarticulada y monstruosa. Esto no es un defecto.

En realidad, lo que ocurre es que la articulación, la clave articulada, queda fuera de la novela, como el proyector cinematográfico queda fuera y lejos de la pantalla.

En ambos casos, el proyector es lo más importante. Ese haz de luz del ojo de la cabina que traspasa como una estocada la cámara oscura.

La verdadera vida se halla en este

ojo. La fuente de la vida, al salir en cueros en chorro germinal.

La novela, con su terrorismo, desafuero infantil y alegoría, hay que sorprenderla a ras del brote.

Por eso el espectador—el lector—, si tiene imaginación, necesita mirar alternativamente al écran y al agujero.

Todo esto, que son cerca de dos páginas de la novela, lo ha dicho el novelista entre paréntesis como prólogo a la presentación, digamos mejor a la auto-presentación, de don Enrique Contreras y Montes de León. El novelista pretende coger a su personaje para insertarlo en un capítulo pero éste, malhumorado, muerde la mano al novelista. Por fin comprende que no puede dejar sola a Silvia, su hija, en la peripecia de la novela y se decide a presentarse él mismo.

Oigamos al astral personaje en su esotérico y demencial vocabulario:

Muy joven aún, nací. Hace ya sesenta años. Yo vivía desde hace algún tiempo pero me hice carnalmente visible al nacer. Entonces cambié la juventud infusa de mi yo perialtal por la juventud sustituta de la vida humana. Los teósofos me comprenderán perfectamente.

La realidad exterior de los hechos no significa nada. Sólo hay superrealismo. Fuera del superrealismo quedan, danzando aisladas y torpes en el aire de las biografías, las fechas de los registros civiles. La fecha que no pasa de ser—¡nunca!—ficha y fecho.

Sigue su monólogo pintoresco el personaje hasta consumir su presentación que el autor con gesto, entre risueño y meditativo, escucha desde bastidores.

Esta obra que arbitrariamente su autor ha calificado de novela, y que

apologistas desatentados han llegado a proclamar «novela pura», da plena razón a Croce cuando niega los géneros literarios. Hay aquí de todo: trozos poemáticos, pedazos de ensayo sobre la técnica literaria, elucubraciones bufo-trascendentales de un sospechoso misticismo teosófico, anotaciones de obra teatral que a ratos se transforman en movida acción cinematográfica, diálogos y monólogos tras los cuales el autor se esconde para mostrar desnuda el alma de sus personajes. Y, por sobre todo, una fina calidad irónico-humorística que se derrama sobre personajes y paisajes sin olvidar al propio autor. — *Roberto Meza Fuentes.*

THE WELLS OF LONELINESS, por *Hall Radclyffe.*

La inversión sexual se ha presentado bruscamente en las letras británicas con un relieve y vigor insospechados. El problema latía desde mucho antes en el ambiente propicio de los colegios, del deporte promiscuo, de las peligrosas relaciones de la vida juvenil. Estas cosas ponían un halo de pavor ante la vista de la High Church, y el Dean Inge nunca las toca en sus sermones literario-políticos, que dan la severa pauta del puritanismo inglés. La señorita Radcliffe plantea el asunto entre las de su sexo y provoca violencias estridentes. El asunto existe. Bien claro se deja ver en este libro desigual, no siempre grato y que, en ciertas páginas, se torna pesado hasta la fatiga.

La guerra ha desnudado las almas y ha puesto por delante de Europa el